

quife, marido de la dicha Urganda? Diligencia no he de omitir para desentrañar la verdad; y cuando todo saliere fallido, mi espada no faltará. Aunque es cosa de ver despacio si no me estuviera mejor deshacer el encanto con arte y maña, valiéndome de un anillo prodigioso, el de Gigés, verbigracia, del cual se sirvió Bradamante en un caso tan peliagudo como éste. Bien es que para ello me habré de disfrazar de mujer, y me hará muy al caso llamarme Daraya ó Garaya, á imitación del príncipe Agesilao. — Tan castillo encantado es este como el de Juan Palomeque, respondió Sancho. Venga ese queso aunque sea de cabra, que en año malo la paja es grano; y donde nada nos deben, buenos son cinco dineros. En lo de Urganda no me entremeto: vuesa merced puede tener razón, y yo mismo estoy en un tris de tener por bruja á esa vieja. — ¿Y donde hay bruja no habrá magia?, replicó D. Quijote; ¿y donde hay magia no habrá encanto?, ¿y dónde hay encanto no habrá príncipes y princesas? Ven acá, bobillo, ¿te juzgas más perito que tu señor en esto de las aventuras? Espera y verás lo que es bueno.»



CAPITULO III

DE LA MANERA CÓMO DON QUIJOTE DE LA MANCHA HIZO SUYA
UNA AVENTURA DE OTRO FAMOSO CABALLERO

No era muy claro el estilo caballeresco para esa buena gente, y estaba entre admirando á huésped tan singular y recelándose de sus armas. La hacendosa campesina no había por esto dejado de entender en la bucólica, y un puchero humeante era el testimonio de su diligencia. El alma se le iba á Sancho tras aquel humillo: hubiera querido verse ya mano á mano con la cazuela, aun cuando ella no prometiera tanto como las bodas de Camacho. Pero no hay manjar como la buena disposición, y el hambre adereza maravillosamente hasta las cosas humildes: ella es la mejor cocinera del mundo; todo lo da lampreado y á poquísima costa. Dichosos los pobres si tienen qué comer, porque comen con hambre. La salud y el trabajo tienden la mesa, bien como la conciencia limpia y la tranquilidad hacen la cama: el hombre de bien, trabajador, se sienta á la una, se acuesta en la otra, y come y duerme de manera de causar envidia á los potentados. La pobreza tiene privilegios que la riqueza comprara á toda costa si los pudiera comprar; mientras que la riqueza padece incomodidades contra las cuales nada pueden onzas de oro. ¿Cuánto no daría un magnate por un buen estómago? El pobre nunca lo tiene malo, porque la escasez y moderación le sirven de tónico, y el pan que Dios le da es sencillo, fácil de

digerir, como el maná del desierto. El rico cierne la tierra, se va al fondo del mar, rompe los aires en demanda de los comestibles raros y valiosos con que se emponzoña lentamente para morir en un martirio, quejándose de Dios: el pobre tiene á la mano el sustento, con las suyas lo ha sembrado enfrente de su choza, y una mata le sobra para un día. El faisán, la perdiz son necesidades para el opulento, hijo de la gula; al pobre, como al filósofo, no le atormentan deseos de cosas exquisitas. Más alegre y satisfecho sale el uno de su merienda parca y bien ganada, que el otro andando á penas, henchido de viandas gordas y vaporosos jugos. El uno come legumbres, el otro mariscos succulentos, producciones admirables del Océano: el uno se contenta con el agua, licor de la naturaleza; el otro apura añejos vinos; y en resumidas cuentas, el que no tiene sino lo necesario viene á ser de mejor condición que el que nada en lo superfluo. ¿Hay algo más embarazoso, fastidioso, peligroso que lo superfluo? Donde la necesidad y la comodidad se dan la mano, allí está la felicidad, y de esa combinación no nacen ni el hastío ni el orgullo; otra ventaja. Soberbia, malestar, desabrimiento, de la riqueza provienen, cuando no es bien empleada; que cuando sirve de báculo de la senectud, vestido de la desnudez, pan de la indigencia, la riqueza es fuente de gratas sensaciones, y por sus méritos á ella le toca el cetro del mundo. ¿Pero dónde están los ricos ocupados en el bien de sus semejantes? Son de especie superior, creído lo tienen, y su corazón, bronco por la mayor parte, no suele abrigar los afectos suaves, puros, que vuelven la inocencia al hombre, le poetizan y elevan hasta los ángeles, sus hermanos. El Señor promete el reino de los cielos á los pobres; de los ricos, dice ser muy difícil que atinen con sus puertas. Si, pues, los ricos tienen esta dificultad, no son los más bien librados; aunque pueden redimirse con sus caudales, empleándolos en dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, siempre de corazón, sin prevalecer por la soberbia. El silencio es el reino de la caridad, abismo luminoso donde no ve sino Dios; si alquilas las campanas para

llamar á los pobres y dar limosna á mediodía en la puerta de la iglesia pregonando tu nombre, eres de los réprobos. La misericordia es muy callada, la compasión muy discreta, la caridad muy modesta: al cielo subimos sin ruido, porque la escalera de luz no suena.

Sancho era de los pobres: el ejercicio daba en él fuerza al hambre, á la cual ayuda el no tener idea fija ni pensamiento inquieto, con un corazón del todo apagado. Así es que, en ofreciéndose espumar un caldero, no lo hacía con etiqueta, y á falta de pichones no asqueaba la gallina. El dueño de casa invitó á sus huéspedes en buenos términos á la penitencia; y D. Quijote comió sin dejar de figurarse que estaba en el palacio de un emperador. Fija la imaginación en los encantamientos, transmutaciones y prodigios que él se tenía sabidos, explayó en ellos la palabra, y después de otras razones, continuó de sobremesa: «No pocas glorias me ha frustrado un sabio mi enemigo que en particular me persigue; pues han de saber vuestas mercedes que así como echo en tierra á mi contrario y le tengo debajo de mi lanza, me lo convierte luego en persona distinta, y siempre un conocido, á fin de que no acabe yo de matarle, ó en objetos ruines que se burlan de mi justa cólera. Los gigantes vueltos cueros de vino; la transmutación de mi señora Dulcinea del Toboso en una labradora; el caballero de los Espejos cambiado en bachiller Sansón Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial, son niñerías para con la aventura del gigante Orrilo. — ¡Y qué narices las del tal escudero!, dijo Sancho: sé decir al Sr. D. Quijote que si sus enemigos invisibles no cambian ese monstruo en Tomé Cecial, allí entrego yo el alma al diablo. Salgo fiador, señores, de la verdad de esa aventura, si bien la del gigante Burrillo no se me acuerda por ahora. — Decir pudieras, respondió D. Quijote, que te constaba aquel suceso. ¿No te acuerdas cómo no había forma de acabar con el nigromante, porque así le derribaba yo un miembro como él lo tomaba y lo volvía á su lugar? Échole un brazo en tierra; hele allí que se agacha, lo toma y se lo pega como nacido. De un tajo, ¡zas!, le vuelo entrambas piernas: corre

y se incorpora en ellas para volver á la carga. Le corto la cabeza, la que rueda por el suelo dando botes: el mago se precipita sobre ella y se la planta sobre los hombros. ¿Y esto se te olvida?, ¿y esto pones en duda?, ¿y esto niegas, desalmado Sancho? — No niego, Sr. D. Quijote. Déme vuesa merced la primera letra del lugar de ese acaecido, y podré venir en lo que vuesa merced mandare. — En Damiata, cautivo, replicó D. Quijote; en la desembocadura del Nilo, desmemoriado; no lejos del Cairo, impostor; al pie de la torre de donde aquel ladrón salía y mataba ó se llevaba prisioneros á cuantos podía haber á las manos en un gran circuito. — Dígame, Sr. D. Quijote, y así Dios provea á sus necesidades, ¿vuesa merced consumó en persona esa hazaña? ¿Yo dónde estuve? — Estarías en los infiernos, bellaco. En persona no consumé la hazaña; mas como vencí á Astolfo, vencedor de Orrilo, todas sus acciones y proezas me pasaron á mí; y según las reglas de la andante caballería, puedo y aun debo contarlas por mías. ¿Qué más da que hubiera yo vencido al nigromante ó al aventurero que le quitó la vida? — Y á ese Astolfo ¿en dónde le venció, señor mío de mi ánima?, preguntó Sancho. — De las narices bien te acuerdas, respondió D. Quijote; mis hechos de armas de buena gana olvidas. ¿Quién piensas que fué ese que pareció el bachiller Sansón Carrasco cuando le tuve muerto? ¿Quién se combatió conmigo bajo el nombre de caballero de los Espejos? ¿Á quién rendí, á quién perdoné, á quién mandé ir y ponerse á los pies de mi señora Dulcinea del Toboso, para que ésta hiciese de él á su guisa y talante? Pues ése fué Astolfo, según yo me lo doy á entender; y ese Astolfo hizo con el gigante Orrilo lo que no quieres comprender ni confesar. Oye bien, gánapiro: no es Burrillo como dijiste, sino Orrilo. — Según eso, volvió Sancho á decir, vuesa merced dispuso de la cabeza del jayán, pues le correspondía como botín de guerra. — Y dispondré de la tuya. Lo que dispongo es que no digas ni chus ni mus hasta nueva licencia, ó te compongo las intenciones y enderezo las palabras, galopín ingenioso. La cabeza del jayán no podía yo sino echar á los perros; el despojo que ansiaba era el famoso cuerno

de su vencedor, prenda más codiciable que el anillo de Angélica ó las armas de Rolando.» La exaltación del caballero era ya de las que su criado solía respetar; y así salió mohino éste, so pretexto de mirar por las caballerías, no fuese que Ginesillo de Parapilla cargase de nuevo con el rucio. Como en todo pecho generoso, la cólera no duraba en D. Quijote: cuando la consideró apagada, volvió el escudero; y como la noche anduviese muy adelante, cada cual se acomodó lo mejor que pudo, y todo quedó en silencio. Silencio que no duró una eternidad, porque D. Quijote lo interrumpió diciendo: «Sancho, Sancho, esto de la reposición en su trono del príncipe que hallamos poco ha, es cosa de mucho momento. Mira cómo te levantas y con suma cautela requieres las murallas de esta fortaleza, por si descubres un resquicio ó desportilladura que me dé paso, puesto yo sobre Rocinante. Tomándolos por sorpresa, me llevo de calles á todos los paladines que lo defienden, y sin más ni más dejamos concluido este negocio. Pero ten cuenta de no hacerte sentir por el atalaya, porque te disparará por lo pronto una jabalina y echará á vuelo las campanas del castillo. Anda, hijo, y da gracias á Dios que así te depara ocasiones donde te muestres prudente y generoso. — Albricias, madre, que pregonan á mi padre, respondió Sancho: ahora debo dar gracias por lo que me mataría de pena, si me viese en la necesidad de cumplir. Á res vieja alviale la reja, señor: sin descansar no hay trabajar, y sin dormir no hay azotarse. — ¿Qué estás diciendo ahí de azotes, embustero? ¿Quién te ha mandado azotarte ahora? — Como vuesa merced, replicó Sancho, quiere remediarlo todo á costa mía, pensé que se trataba de desencantar de nuevo á mi señora Dulcinea, y de camino al muchacho. — Duerme, animal, dijo D. Quijote, duerme, y no me saques de mis casillas con tus necedades y embustes. Cuando yo te mande que te azotes, te azotarás; y si no te azotas, morirás, escudero mal intencionado é insurgente.» Durmió Sancho; no se azotó ni bien ni mal, y al otro día salió á la conquista del mundo tras su señor, el cual no se acordó del príncipe, de Urganda la desconocida, ni de maldita la cosa.



CAPÍTULO IV

DE LA GRANDE AVENTURA DE LOS TRES PENITENTES,
Y OTRAS DE MENOS SUPOSICIÓN

«¿Y ahora adónde vamos?, preguntó Sancho. Si todas las aventuras han de correr como la de esta noche, ya puede vuesa merced llevarme al fin del mundo. Hemos comido bien, no hemos dormido mal, y ni la fada Urganda ni el mago Alquife nos han perjudicado en lo más mínimo. — Si esta resolución dura en ti, respondió D. Quijote, no veo lejano el día en que te halles conde de Oropesa ó pertiguero mayor de Santiago. El buen semblante que ponemos á los sucesos de la vida parece modificarlos en favor de los ánimos serenos, á quienes el pasado no aflige, no desconcierta el presente ni pone cavilosos el porvenir. Pero si los quebrantos y las desgracias encuentran en ti la filosófica resistencia del sabio, ten cuidado de no salir de madre al primer viento propicio que te sople: harto dejas conocer que así te ensoberbece la próspera como te hace desmayar la adversa fortuna. ¿Qué motivo de alborozo es el que hubieses comido y dormido bien una noche? Más digno de nosotros sería haberla pasado en vela y en ayunas para seguir mejor nuestra profesión de andantes. — Yo supongo, replicó Sancho, que no porque uno satisfaga sus necesidades, será menos caballero ni escudero. Antes pienso que los á quienes compete la fuerza y cuyo asunto es la espada, se han de alimentar mejor. Para vivir ayunando, tanto valiera dar en ermitaños, ó de una vez en santos milagrosos, á

quienes les bastan cinco habas crudas ó tres hojas silvestres por comida. — ¿Y no compensamos, repuso D. Quijote, las penurias de nuestro estado con los festines que nos ofrecen las reinas y emperatrices á quienes vamos reponiendo en sus dominios? — El pan de Dios dádnosle hoy como todos los días, reza nuestra santa madre Iglesia, dijo Sancho. — Tendrías te por hereje, respondió D. Quijote, si no embaulases cuanto puedes haber á las manos. Á tu parecer, Sanchico, bueno es aquel negocio; y será mejor si añades los mandamientos de hurtar los bienes ajenos y codiciar la mujer de tu prójimo. Pues, ¡voto al demonio!, que te hallas apto para recibir las órdenes sacerdotales. En la primera ciudad adonde lleguemos, te hago tonsurar, y si tienes capellanías, á dos tirones te ves cura de Tordesillas ó canónigo de Toledo. — Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija, señor D. Quijote: uno que anda al servicio de vuesa merced no puede parar en menos. Viénesme á deseo, huélesme á poleo: ¿á vuesa merced he oído que Maripapas hubo en Roma? — Como Marisanchas en tu pueblo, respondió D. Quijote: pudieras haber dicho papisas. Sí, señor; y se llamaba Juana la más notable de ellas. — Sea, dijo Sancho, que el tiñoso por pez vendrá. — ¡Válate el diablo, Sancho excomulgado!, ¿á qué viene el tiñoso en el asunto que tratamos? — Viene á que todos somos unos; y con el mazo dando y á Dios llamando; y que así como hubo en Roma una papisa Juana, así ha de haber en el Toboso una obispa Dulcinea. Si la mujer del alcalde es alcaldía, y la del testigo testiga, la del obispo ha de ser por fuerza obispa. Y á quien Dios se la dió á San Pedro se la bendiga; que yo con la mía me contento, aunque regaña y aconseja más que un abad. Pero á mujer brava, sogá larga; y holgad, gallinas, que es muerto el gallo. — Si por algo quisiera yo sobrevivirte, repuso D. Quijote, sería por grabar sobre tu losa en indelebles caracteres este epitafio que parece hecho para ti:

»Y es tanto lo que habló
Que aunque más no ha de hablar,
Nunca llegará el callar
Adonde el hablar llegó.

»¿De dónde sacas ese chorro de refranes, parlanchín desesperado? Tú eres mejor para dueña que para escudero, y no estoy lejos de ponerte con faldas y tocas blancas al servicio de una reverenda viuda. — Eso sería echar margaritas á los puercos, Sr. D. Quijote; sobre que mi silla habla de quedar vacante, supuesto que vuesa merced me destina para el coro. — Señor prebendado, dijo D. Quijote, si vuestra dignidad no me lo estorbara, os habla yo de refrescar ahora los lomos con el asta de mi lanza. Pero dad por recibida esta demostración y seguidme, cosidos los labios más que si fuerais mudo de nacimiento.»

Algunas horas habían andado hasta cuando desembocaron en una carretera por donde fueron siguiendo callados y con hambre. D. Quijote mismo no hubiera puesto reparo en desayunarse, aunque sus deseos ordinarios eran de aventuras antes que de otra cosa. Como si todo ocurriera para dar asunto á su profesión, sucedió que por ahí se viniesen acercando tres personas, no de pies como racionales, sino á modo de cuadrúpedos. Todos venían descubiertos y descalzos, con señales de estar cumpliendo una penitencia, según la humildad de la postura y la compunción con que se arrastraban. «¿Y eso qué diablos es?, dijo D. Quijote al verlos. Yo me los voy encima, Sancho, y á punta de lanza escudriño este que parece misterio, si no es más bien una entruchada de algún sabio burlón que quiere darme una cantaleta.» Sin añadir otra cosa, apretó los talones contra los ijares de su caballo, bajó la lanza, arremetió, desbarató y dispersó la tropilla de esa gente á gatas. No debían de ser paráliticos los mezquinos, porque tan luego como sintieron esa estantigua sobre ellos, se pusieron de pies y echaron á correr de modo que no los alcanzara un galgo. Librólos la Virgen á los dos; el tercero fué víctima de D. Quijote, pues en el punto en que se enderezaba cayó de nuevo en tierra, sin más ánimo que el que hubo menester para encomendarse á Dios y sus santos. «Yo le volviera la vida á este malandrín, dijo D. Quijote, sin perjuicio de quitársela por segunda vez, para que me explicara lo que significaba el ir así por estos caminos, y adónde iban

en cuatro pies que no pudieran ir en dos. — Habrán sido baldados, respondió Sancho. — Eres un sandio que se pierde de vista, replicó D. Quijote: á tus ojos se disparan como ciervos y piensas que serán baldados. — Pues si no son baldados, volvió á decir Sancho, serán pícaros que están haciendo de inválidos para beneficiar nuestra bolsa. Mátelos vuesa merced á todos, Sr. D. Quijote, que estos ciegos y estos cojos fingidos perjudican á los verdaderos. — Tengan piedad, hermanos, dijo el difunto: no somos pícaros ni inválidos de industria, sino gente de bien y católicos, que hemos hecho voto de ir arrastrándonos á un santuario á cinco leguas de aquí. — ¿No estáis en la otra, buen hombre?, preguntó Sancho. — Me parece que no, respondió el peregrino. — ¿Mirad no os equivoquéis?, insistió Sancho. — Como hay Dios, replicó el peregrino, que soy poco amigo de lo ajeno. Íbamos á lo que dije, y por más señas, era requisito de la promesa que hasta cuando llegáramos al monte no nos habíamos de poner en pie si nos mataban. Hágame la caridad de avisarme si mis cofrades son muertos. — Idos son....., respondió Sancho. ¡Cómo que á los penitentes se les desmadejaron las piernas! — El amor á la vida, hermano, dijo el romero sentado ya. — ¿Cuántas heridas tenéis?, preguntó Sancho. — Según los dolores no deben de pasar de cuatro, respondió el devoto; ó es sólo una contusión, porque en verdad no veo sangre. Milagro, señores, milagro. ¿Promete vuesa merced á la Virgen Santísima, señor caballero, no matarme otra vez? — Si es como habéis dicho, lo prometo, respondió D. Quijote. ¿Os hallábades en la vía purgativa ó en la iluminativa? — ¿Qué vías son esas?, preguntó el penitente. — La purgativa, respondió D. Quijote, es el primer estado del alma que desea llegar á la perfección por medio de lágrimas, golpes de pecho y disciplinas. — Algo más, señor, algo más, dijo el romero. — Luego estábades en la vía iluminativa: este es el segundo estado del alma que desea llegar á la perfección, y se ocupa en amar y servir á Dios, profundamente metida dentro de sí misma. — Algo más, señor, algo más. — Ya comprendo, vuestra vida era la unitiva: este es el último

estado del alma, que pasando por los dos primeros, ha hecho, en cierto modo, acto posesivo de la beatitud divina, y ha venido á ser una misma cosa con los bienaventurados y los ángeles. — En esa estábamos, señor caballero,» respondió el santo gateador. Sancho Panza no quiso callar más y dijo: «Vuesa merced, señor D. Quijote, se ha echado sobre la conciencia la mala obra de haber desviado á estos hombres; y fuera menester enderezarles el tuerto que se les ha hecho. — Engañaste por la barba, respondió el caballero: lejos de desviarle con dos ó tres palos al que está haciendo penitencia, se le da algo más en que ejercite el sufrimiento y el perdón, virtudes sin las que no hay salvarse. Pláceme veros sano y salvo, hermano peregrino, sea ello efecto de un milagro, sea de no haberos yo cogido de lleno con mi lanza. Perdonad, y buena manderecha.» Diciendo esto, picó su caballo, le siguió su escudero, y á poco andar tomó otra vez la palabra. «Ahí tienes, Sancho, un héroe de poema épico, ó por mejor decir, tres protagonistas de otras tantas epopeyas. ¡Aquí de Cristóbal de Virués! Un asesino y pirata que se acoge á buen vivir y se traslada en cuatro pies de Roma á Cataluña, es en verdad asunto de un poema de marca. ¿Qué ideas sublimes ha de inspirar un bribón que no halla manera de venderse por bueno, sino echarse á tierra y arrastrarse como bruto? Rara concepción la del bueno de Virués, ¡un héroe que gana en cuatro pies la ermita más elevada de un monte, á contar en los dedos los robos y las muertes en que ha pasado la vida! Las ideas poéticas encarnadas en expresiones magníficas pasan de siglo á siglo. Homero y Virgilio las conciben; mas no pueden sugerirlas sino héroes excelsos, Aquiles y Héctor, Eneas y Turno. El cuadrúpedo Garín, ni respeto ni veneración infunde: un innoble matador, ó un fanático menguado que imagina ponerse á derechas con el Todopoderoso, si se vuelven jumentos, no son personajes de poema. ¿Es por ventura concepto razonable pensar que con ir á gatas algunas leguas alcanzamos el reino de los cielos? Dios es altísimo, santísimo: hónrle con decoro, adórale con majestad. Lo que envilece su obra no le agrada; lo que la

embrutece le irrita. El hombre de virtud eminente es el que le ama con uno como orgullo celestial; orgullo que no es sino convencimiento de su propia excelencia. Unirse al Infinito por la luz, sentirle en los afectos propios, buscarle con las buenas obras, esto es ser santo. Pero somos de condición los españoles, que, como un frailecico por ahí nos diga que labramos para el alma, sin sombrero nos vamos al infierno, andando de rodillas.»

Tocábale la respuesta á Sancho Panza, y Dios solamente sabe las sandeces que hubiera ensartado, si hubiera tenido tiempo; mas cuando ya se le pudrían las palabras en la lengua, una aventura que se le ofreció á su amo vino á ponerlas en olvido. Y fué que un hombre llegaba ahí trote trote por una costezuela, trayendo á otro atado á la cola de su caballo. Echaba ya el corazón este infelice, acezando y sudando de modo de caerse muerto; y sin duda le reventara la hiel á cuatro pasos, á no presentarse allí D. Quijote en ademán de batalla. «Poneos con Dios y apercibíos para la muerte, si al punto no os apeáis y desatáis á este mezquino. — Le llevo preso, respondió el hombre, y no le soltaría si me lo mandase el Santo Oficio. — ¿A virtud de qué mandamiento, repuso D. Quijote, le lleváis preso y aherrojado? ¿Sois por dicha cuadrillero de la Santa Hermandad, alguacil ó corchete? — Andaos á decir donaires, respondió el caminante: apártese, buen hombre, ó buen diablo, y no sea tan mosca. ¿Está su merced de chungu? Eso de soltar á este pillo, será lo que tase un sastre. Sepa que le llevo á la cárcel con mis manos, porque soy su acreedor. — ¡Acreedor sois vos á cuatrocientos palos!,» dijo D. Quijote; y le asentó un mandoble tal en la cabeza, que dió con el atrevido sin conocimiento en el suelo. Porque no saliese el caballo, le tomó por la brida y mandó á Sancho apearse y desatar de la cola al hombre. Sancho, que de suyo era propenso á la compasión, obedeció de buena gana y lo despachó todo por la posta. «Os hago dueño del caballo de vuestro opresor, dijo D. Quijote al cautivo redimido, como despojo ganado en buena guerra. Vuestro es sin condición ni restricción, tan luego como hubiereis cumplido la orden que voy á

daros.» Mandóle en seguida cómo de ese camino enderezase para el Toboso, se presentase á la sin par Dulcinea, é hiciese todo lo demás que él acostumbraba mandar á los que iba venciendo, ó favoreciendo y libertando. Juró el villano cumplir esas órdenes á la letra, montó de prisa, y sin despedirse del menor D. Quijote del mundo, tomó el largo y desapareció por esos trigos. Sancho Panza iba llegándose al cadáver, no sin tiento: «Veamos, dijo, lo que reza este muerto» y fué á tomarle un pie, á fin de darle pasaporte para la sepultura, si de veras había fallecido. «¡El diablo es el muerto!» respondió el difunto con grandísima cólera, y dió una patada que si le coge de lleno al ex gobernador, no hubiera quien le arrendara la ganancia. Llevó éste el mayor susto que en su vida había llevado; y tirándose sobre el rucio desatinadamente, voló tras su amo, quien andaba ya á buena distancia.



CAPITULO V

DONDE SE VE SI DEVOTOS SE QUEDAN CON LOS AGRAVIOS QUE RECIBEN, Y SE DA CUENTA DE CÓMO D. QUIJOTE EMBISTIÓ Á UNA LEGIÓN QUE ÉL TUVO POR DE MALA RALEA.

Estaba Sancho Panza refiriendo los desmanes de aquel bellaco de difunto, cuando echándose de súbito de un barranco al camino tres hombres con sendos palos, le asentaron á D. Quijote tantos y con tal prisa, que el pobre caballero hubo de venir á tierra. «Vuesa merced se halla hoy en la vía purgativa, le dijo uno de ellos; veamos en cuál se halla su escudero.» De buena gana se hubiera puesto en cobro Sancho; pero el maldito rucio no se quiso mover, más que si fuera de palo. Llegaron los penitentes y le dieron una tanda que no le pedía favor á la que acababa de recibir el malaventurado D. Quijote. «¿Quiere vuesa merced, le dijo á éste el mismo que había hecho fisga de él, entrar en la vía iluminativa? – Alevoso palmero, respondió el hidalgo, de ruines ha sido en todo tiempo el acometer sin reto ni advertencia. Dejad que pueda yo levantarme, y daos por muertos cuantos sois vosotros, ora vengáis á pies, ora vengáis á gatas. – Luego desea vuesa merced entrar en la última vía, repuso el palmero, cuando nos zahiere con tanto primor y delicadeza.» Y dándole otra media docena de palos, tomaron un trocillo de ladrón y se fueron, Dios sabe si á vacar á su romería. «*Qui multum peregrinantur raro sanctificantur*, Sancho, dijo D. Quijo-